



EXTRAVIADOS EN EL TIEMPO

Por Mariarita Pennigton-Evans

Ye gods! annihilate but space and time, and make two lovers happy

(Alexander Pope)¹

Mariana rebuscó en el fondo del bolso y sacó la pesada llave. Con una mezcla de tristeza y de alegría, la introdujo en el cerrojo de la sólida puerta de madera. Dio un titubeante paso hacia delante. El olor a mustio, matizado con una lejana fragancia a espliego, hizo que un tropel de recuerdos de una infancia feliz asaltaran su memoria.

No había vuelto al pueblo de Milmarcos desde la muerte de su abuela un año antes pero, ahora, de pie inmóvil en medio del pasillo sentía la presencia de ésta no físicamente sino delicadamente como una melodía cantada con dulce melancolía justo en el confín del oído. Sentía que la anciana le daba la bienvenida como siempre había hecho. Sonrió:

-Gracias, abuela -susurró

En la penumbra, Mariana misma parecía un espíritu: su pálida tez, su cabello rubio plateado y sus enormes ojos cerúleos, límpidos como un lago de montaña, la hacían casi translúcida, como esculpida en alabastro.

¹ (Oh dioses! Anulad el tiempo y el espacio y haced felices a dos amantes)



Deambuló por toda la casa abriendo ventanas para dejar entrar la luz y el aire cristalino y argénteo de diciembre. Recorrió toda la planta baja de la casa abriendo las pesadas contraventanas y retirando las sábanas que protegían del polvo los muebles .

Finalmente, salió de nuevo y descargó del coche sus maletas, sus libros y las provisiones de comida que había comprado en Molina de Aragón. Estaba cansada del viaje desde Barcelona y decidió acostarse temprano y dejar las tareas de limpieza para el día siguiente.

Envuelta en sus reminiscencias, subió a la alcoba de su abuela. Allí la mustia fragancia a espliego y naftalina la transportaron a otra época nublada en la lontananza del tiempo. Al deshacer sus maletas, dio un respingo de sorpresa y de exasperación al percatarse de que, inexplicablemente, había traído de todo menos su ropa. Pasó a la recámara y allí encontró un baúl de viejos vestidos de los abuelos. Al enfilarse un largo camisón de lino, pensó sonriente de cuán erróneo era el dicho "*el hábito no hace al monje*". Paseando delante del espejo, observó que la mujer no camina ni se comporta de la misma forma cuando lleva tejanos como cuando viste un largo vestido de gasa o de muselina.

Felizmente cansada, se acostó por fin en la alta y mullida cama. Endulzados sus sueños por la fragancia de la brisa de las eras proveniente de un desecado ramillete de espliego sobre la mesita de noche, cayó profundamente dormida en pocos segundos.



Se despertó de repente. Plateados rayos de la fría luz de la luna entraban por el ventanuco. Mariana se incorporó en la cama. Qué era lo que le había despertado? Oyó una débil tos.

A pesar de su aspecto tan frágil, Mariana no tenía nada de cobarde: la sangre emprendedora y valiente de sus antepasados fluía por sus venas. Así que, sin pensárselo una segunda vez, se levantó y echándose una cálida manta de lana alrededor de los hombros, ascendió la estrecha escalera hasta el antiguo granero ahora convertido en buhardilla.

Al llegar a lo alto de la escalera, encendió la luz. De las encaladas paredes colgaban aperos, mudos testigos de un pasado no demasiado lejano. Habían aparejos de caballería: un yugo, unas cinchas, un cabezal con su bocado, una albarda... También pertenencias que evocaban la vida cotidiana de sus antepasados muertos hace ya muchos años: las abarcas y pedugos de un bisabuelo pastor junto con su cinto y garrote. Pisando cuidadosamente, se abrió camino entre todo ello hasta llegar al rincón más alejado. Su sorpresa fue mayúscula al ver la forma inerte de un chico de aproximadamente su propia edad. Estaba dormido y gimiendo en sueños como si estuviese sufriendo una pesadilla o si tuviese fiebre. Sería algún "ocupa"?

Mariana no sintió ni el más mínimo miedo. Sabía que el joven no representaba ningún tipo de amenaza para ella. En silencio, lo observó durante largos minutos. Iba vestido con una camisa blanca sin cuello y pantalones y chaleco negro. A pesar del frío tan intenso, llevaba puestas unas sencillas abarcas sin calcetines. Pero no



fue esto lo que más asombró a la joven sino la increíble belleza del rostro del desconocido. Era de una palidez cérea con sombras violetas debajo de los ojos cerrados. Era una belleza etérea y casi translúcida. Dos alas de pelo negro y sedoso caían de una raya central enmarcando unas facciones delicadamente cinceladas.

Por fin, Mariana se agachó y le tocó la mano para despertarlo. Sintió un estremecimiento: el desconocido tenía los dedos largos y vibrantes... pero helados. Cuando levantó la vista de nuevo hacia el rostro del extraño, estaba siendo observada por unos ojos de medianoche con mirada de terciopelo pero que, en este momento, desprendían un fulgor repentino como si tuviese fiebre. Eran unos ojos negros e intensos, hondos y penetrantes: ojos sin fondo, rodeados de unas pestañas espesas, tan negras que parecía que le hubiesen dibujado una línea. Mariana se sintió hundirse en su mirada, una mirada eterna, sin fin, que le hacía parecer a la vez más joven y más viejo de su edad.

El joven empezó a temblar convulsivamente. Sin que aún hubiese cruzado palabra entre ellos, Mariana se desprendió de la manta y envolvió con ella los hombros de él.

El joven la miró a los ojos y dijo en alguna lengua desconocida por Mariana una frase de la cual sólo pudo captar la primera palabra que le sonaba a "nausica". Le miró confusa y se esforzó para adivinar lo que le estaba intentando comunicar.

-Que sientes nauseas? Eres extranjero? Ha-blas es-pa-ñol?

El joven rió. Era un sonido grave, melodioso y sumamente agradable.



-Le presento mis disculpas. Tengo una desmesurada propensión a empedrar mis locuciones de citas de los clásicos. Mas no es por presunción sino por la admiración que siento hacia ellos por poder expresar con toda claridad y facilidad cuando mi pobre mente se pierde irremisiblemente en la telaraña de los adjetivos. "*Brevis esse laboro, obscurus fio*", como dijo Horacio. Antes estaba citando a Homero. Dije: *Nausicaa, doncella que por su hermosura y su natural era semejante a los inmortales*. Consideré que Homero había plasmado mucho mejor de lo que podría haberlo hecho yo mis sentimientos al contemplarla a Usted. No sólo es Usted tan bella como Nausicaa sino también posee sus hermosos ojos y su valor. Al verme aquí desfallecido, no sintió temor ante un extraño sino sólo compasión y me arrojó con esta manta tal como hiciera Nausicaa al hallar a Ulises debilitado a la ribera del río.

Mariana no entendía del todo el significado de lo que el extraño joven le estaba diciendo pero intuía el sentimiento detrás de las palabras y le sonrió:

-Disculpas aceptadas.

De repente el joven pareció acordarse de algo y se incorporó apresuradamente.

-Lamento mi descortesía. Ruego me perdone. Permita que me presente: Andrés Velasco Berbería para servirle.

Le extendió una mano delicada pero fuerte de dedos largos y esbeltos: una mano de artista sensible aunque, en estos momentos, gélida.

-Y yo soy Mariana Morales. Y, por favor, tuteame.

-Qué haces aquí?



Después de oír la explicación de Mariana, un atisbo del más delicado color rosa tiñó las pálidas mejillas del joven. Se levantó abochornado.

-Perdona, no sabía que alguien viviese aquí. Encontré la casa vacía y no creí que a nadie le importara que me quedase. Y está tan llena de vida, de felicidad y de tranquilidad que creí haber hallado aquí la paz y el silencio interior para poder crear. Soy escritor sabes? Pero mi padre quiere que sea médico y he tenido que marcharme de casa y no tengo adonde ir.

Mariana sonrió:

-Por mí te puedes quedar. Nadie debería estar solo en navidades. Y cuando no estás escribiendo, nos podemos hacer compañía mutuamente. Pero ahora -dijo, adoptando un tono más práctico- creo que lo mejor sería que bajáramos al comedor y entráramos en calor sino vamos a coger una pulmonía los dos.

Como dos niños viviendo una aventura, bajaron a la enorme y acogedora cocina. Allí, mientras Mariana preparaba la mesa con una gran fuente de migas, chorizo, queso y una botella de vino que encontró en la despensa, Andrés se puso a encender el fuego en el hogar.

Después, se sentaron los dos delante de la lumbre como si se hubiesen conocido toda la vida mientras los cambrones y tamaras crepitaban en la chimenea y un puchero de sopa bullía alegremente encima de una trébede.



Con una taza de hirviente chocolate entre las manos, Mariana habló a Andrés de sus padres: tan impecablemente trajeado él y tan perfumadamente elegante ella. Intentando ocultar su amargura, le contó que las relaciones íntimas entre sus

progenitores habían sido una efímera anécdota en su matrimonio y de las cuales ella era el involuntario resultado. De pequeña había sido un juguete de lujo a exhibir ante las amistades; ahora sólo era un estorbo. Su madre, incluso, insistía en que le llamara por su nombre de pila para quebrar cualquier vínculo materno-filial y así poder desgravar años de su edad. El único punto estable y constante en su vida había sido su abuela a la cual adoraba. Al hablar de ésta, la mirada de Mariana se tornó infinitamente dulce y la rielante luz de las llamas suavizó sus facciones. Esta casa había sido el legado de su abuela a su única nieta. Mariana se había negado a venderla como hubiese sido el deseo de su madre. Había preferido vivir en el pasado que invertir en el futuro. Así fue como ella ahora estaba en Milmarcos y sus padres habían ido al Caribe a pasar las Navidades.

Andrés por su parte le explicó que era de Molina y que su pasión era escribir. Ya le habían publicado dos pequeños libros de poemas pero que ni eso había sido suficiente para convencer a su padre de su valía como poeta.

-Así que quiero escribir algo de verdadero significado para que tenga que admitir su error.

Estuvieron levantados toda la noche y descubrieron que eran almas afines. Se sentaron muy juntos el uno al lado de la otra. Al principio no sentían nada excepto



un inmenso deseo de alejar la soledad. Pero, al entrar las primeras luces del alba, sabían que habían descubierto el amor.

Formaban un cuadro encantador, las dos cabezas juntas, las hebras de pelo dorado de ella mezclándose con el azabache sedoso de él. Eran un completo contraste: él

era una opera de Wagner y ella un aria de Puccini; él las sombras, ella la luz; él una tormenta de invierno, ella un amanecer de verano; él la herida, ella el bálsamo. Pero, con todo ello, su compenetración era tan absoluta en el fondo donde realmente importa que eran la misma melodía tocada en distintos instrumentos: él en el órgano y ella en la flauta.

Mariana tenía la impresión de que nunca había pasado una velada tan agradable pero, paradójicamente, posteriormente no pudo aislar en su memoria ningún momento de particular alegría.

Con la aparición del crepúsculo matutino, aunque reacios a separarse, ella subió a su dormitorio y él se acostó en el gran sofá allí mismo.

A la mañana siguiente, cuando Mariana bajó de nuevo al comedor ataviada en un largo vestido de lana de los años mozos de su abuela, Andrés le saludó con la dulce sonrisa de un niño recién despierto. Había papeles esparcidos por doquier. En lugar de dormir, Andrés había estado escribiendo. Con el entusiasmo ciego y enardecido de todo artista por su obra, Andrés insistía en leérsela allí mismo. Mariana, sin embargo, era más sensible en aquel momento a cuestiones prácticas como el hambre y la necesidad de protegerse de las inclemencias del tiempo que a



la atormentada hambre de expresión y de reconocimiento del escritor. Arrastrándolo, le llevó a la recámara para buscarle ropa más cálida en el baúl. Allí encontraron camisas de lana, pedugos, botas, una levita... Mariana pensó que Andrés haría algún comentario gracioso sobre la anticuada ropa pero él se la puso con toda naturalidad, como si se hubiese vestido así toda la vida.

Después de un opíparo desayuno que, en opinión de Mariana, haría revivir a un muerto, y con las fuerzas renovadas, se sentaron en el gran sofá a leer los poemas de Andrés.

Antes de que Mariana empezara a leer sus poemas, él retuvo los folios unos momentos en sus manos:

-Me es difícil expresar mis sentimientos cuando deseo transmitir una escena recordada. Y no es que el recuerdo se haya borrado. Cada una de las notas sigue allí vívida en mi memoria pero cuando intento juntarlas, la melodía desentona. No puedo convertir mis sentimientos en significado.

-Porqué será -se preguntó Mariana- que todos los escritores se sienten en la imperiosa necesidad de disculparse por sus obras ante un lector? Supongo que es lo mismo que una ama de casa que se disculpa ante una inesperada visita aunque sabe que la casa está limpia y ordenada.

Le gustaron los poemas de Andrés aunque, a veces, encontraba los sentimientos algo pesimistas y el vocabulario más bien recargado y arcaico. Cuando hubo leído



todo y felicitado al joven, éste sacó un papel doblado de su bolsillo con el gesto de un prestidigitador. Le sonrió tímida y enigmáticamente:

-Y éste es un pequeño obsequio para tí.

Intrigada Mariana desdobló el papel y leyó:

Nada más verte

Anhelé no perderte

Unidos estaremos por la eternidad.

Sólo tu hermosura

Ilumina mi vida futura

Corazón rebosante de felicidad.

Años oscuros de tu ausencia,

Años inútiles sin tu presencia.

-Es precioso, -sonrió, plantándole un beso en la mejilla.- Gracias

-No le ves nada de especial? -preguntó Andrés, sonriendo ampliamente como si de alguna broma secreta se tratase.

Mariana frunció el ceño. No sabía a qué se refería.

Al final, el joven le explicó:

-Es un acróstico. Es decir, las letras iniciales de los versos forman un vocablo o una frase.



-N-A-U-S-I-C-A-A -leyó Mariana, maravillada.- Qué genial!

Batió las manos como una niña viendo a un mago.

-Hazme otro -suplicó.

Y allí mismo, con la cabeza de ella apoyada en su hombro, Andrés le escribió otro a mano alzada.

Tu mirada es una fascinación

Embriagadora que me alienta.

Quiméricas esperanzas de pasión

Un amor que me sustenta

Iluminando todo mi futuro.

Eternamente te amaré.

Resplandecerá el amor puro,

Olvidarte jamás podré.

Mariana se levantó y fue hacia la ventana. Con un dedo, trazó dibujos en las delicadas y frondosas plumas de escarcha en los cristales. Miró ilusionada como cuando era niña los campos escondidos bajo un manto de azúcar y los negros esqueletos de los árboles con su carga nívea. Más tarde, envueltos en cálidos chambergos encontrados en el baúl, los dos jóvenes salieron a este mundo blanco y luminoso. Era una centelleante mañana crujiente de escarcha. Pasearon por las desiertas eras cogidos de la mano. Acariciaron una solitaria mula que les arrojó



vaharadas por los ollares a modo de saludo. Con la risa aún en los labios subieron por las Eras Altas hasta llegar al Cotanillo, pasaron por delante de la torre del reloj y bajaron de nuevo al pueblo. Pasearon bajo las desnudas acacias, dejando atrás el viejo camposanto y la pequeña ermita. Subiendo el monte, vieron una vieja trilladora, una aventadora y una herrumbrosa gavilladora paradas a la vera del camino como centinelas. De repente el sol se ocultó y se levantó un helado zurrusco. Andrés y Mariana se debatieron entre buscar refugio en una paridera o ir corriendo de vuelta a la casa. Decidieron que ésta última era la alternativa más apetecible y emprendieron una alegre carrera hasta el reconfortante calor del hogar.

Aquella noche, tratándose de Nochebuena, Mariana quiso seguir con la tradición que había cumplido cada año con su abuela e ir a la Misa del Gallo. Al salir de la casa, se sentaron unos momentos en el poyo del zaguán. La noche había caído encima del mundo como una gran capa de satén negro envolviéndolo todo.

Media hora más tarde, escondidos en el coro, observaron como, paulatinamente, a la iglesia iba llegando más y más gente. Contemplaron en admirado silencio como todos los habitantes del pueblo juntos con sus hijos y nietos y algunos bisnietos llenaban los bancos. Manos encalladas y artríticas por años de labores en los campos y manos de ciudad escrupulosamente limpias y con impecable manicura se juntaron para desearse la paz. De decenas de gargantas surgió el canto devoto y sincero en veneración al niño Jesús. Voces viejas y cascadas se mezclaron con



voces fuertes y autoritarias y con blancas voces infantiles. Pasadas las fiestas habrían las riñas de siempre entre vecinos; los abuelos estarían criticando el libertinaje de las costumbres modernas; las suegras estarían censurando las comodidades de sus nueras de ciudad... Pero, en estos momentos, nada de esto tenía la más mínima importancia. En estos momentos, más de cien almas latían al ritmo de un sólo corazón. Mariana y Andrés también se sintieron transportados por el sincero y sencillo amor que llenaba el aire.

Terminada la ceremonia, Andrés y Mariana, cogidos de la mano, salieron de la iglesia a la gélida noche llena de la mística luz lunar y de mágicas estrellas en un cielo de terciopelo negro. Caminaron en silencio de vuelta hasta la casa.

Otro vez de nuevo en su refugio, Andrés le dijo:

-Tengo un obsequio navideño para tí.

Mariana cogió el folio que él le tendía:

Tierno amor que

En mi corazón anida,

Ardiente amor que

Me engendra vida.

Andaremos juntos los caminos

Retando al futuro,

Entrelazando nuestros destinos

Saboreando el amor más puro.

Incendias mi pasión en hoguera fuerte,



En un eterno abrazo te ceñiré.

Mi sangre en lava ardiente se convierte,

Por tí, amor, la muerte eludiré

Reviviré por tí en este mundo

Eternamente mi amor profundo.

En fascinado silencio, la joven descifro el acróstico allí oculto.

-Espera aquí un momento -dijo, corriendo escaleras arriba.

En su dormitorio, miró desesperadamente a su alrededor. En su bolso encontró algo apropiado: lo único que tenía de cierto valor. Envolviendo el pequeño objeto en un pañuelo bajó corriendo de nuevo a la cocina.

-Y esto es para tí -dijo.

-Lo llevaré siempre -susurró Andrés pasando la cadena de la pequeña cruz de Caravaca alrededor de su cuello.

Luego, demasiado agotados emocional y físicamente para seguir hablando, se desearon las buenas noches y se dirigieron a sus respectivas camas.

Los dos días que siguieron fueron de total y absoluta felicidad para ambos jóvenes.

Mariana había ganado confianza en sí misma al saberse amada y, en cuanto a Andrés, la melancolía desesperada de todo su porte se fundía visiblemente como un carámbano al sol.



Pasaban horas hablando. Su conversación era alternativamente superficial y profunda, particular y global. El tiempo a veces se congelaba y otras fluía como agua entre sus dedos. Las palabras revoloteaban a su alrededor y a veces dejaban de volar para posarse aquí y allá para luego reemprender el vuelo.

En ocasiones, Mariana descubría en Andrés una mirada distante y perdida que le hacía intuir que él no estaba allí con ella en aquella casa sino en otro mundo, otro tiempo, fuera de su alcance, su atención a la deriva. En aquellas ocasiones, compartían el silencio y dejaban que hablaran sus corazones. Se sentaban muy juntos, sus dos almas confesándose sus secretos más ocultos. Y cuando Andrés volvía a su lado, sus ojos la acariciaban con la dulzura de un suspiro.

Ambos no cesaron de maravillarse de que, aunque hacía tan poco tiempo que se habían conocido sin embargo era como si se hubiesen conocido desde siempre, en otra vida; que el suyo era un amor sin fin.

-Cuando estoy a tu lado mis ilusiones y emociones se adunan para engrandecerse y elevarse y sueño que podré sentir las todas en un instante y prolongarlas una eternidad -le murmuró Andrés en una ocasión.

No obstante, había una diminuta semilla de inquietud en Mariana. Existía algún misterio respecto a Andrés. Había ciertos detalles que no cuadraban. Tenía amplios conocimientos clásicos, era culto y bien versado en literatura y, evidentemente, un intelectual. Sin embargo, en una ocasión que estaban discutiendo el pesimismo de su poesía y Mariana lo comparó con Leopardi, Andrés afirmó rotundamente que jamás había oído hablar de éste. Lo mismo ocurrió



cuando ella le preguntó si estaba de acuerdo con Poe en que la búsqueda de la belleza era el único objetivo digno de los esfuerzos de un poeta, concepto que halló eco en Baudelaire y Mallarmé: no tenía ni la más remota idea de lo que ella le estaba hablando. El colmo vino cuando juró total desconocimiento de un tal Miguel de Unamuno. Extrañada, Mariana jamás volvió a mencionar otro autor.

En otra ocasión, cuando Andrés estaba ensalzando poéticamente la hermosura de sus grandes ojos con su mirada distante, ella, azorada, quiso aligerar el asunto y bromeó que "Marilyn Monroe tenía el mismo problema de miopía".

-Quién es ésta? -preguntó Andrés perplejo.

-Sólo otra rubia desconocida -rió, siguiendo la broma... o así lo creía.

No obstante, Mariana habría pasado horas escuchándole embelesada. La calidez de su voz y la elegancia y belleza de su expresión hacía que su conversación estuviese encuadrada en cuero comparada con la conversación en edición bolsillo de sus compañeros de clase. Hablaban hasta agotar la luz del día y seguían a la rielante luz de los viejos candiles. Las sombras se sentaban en los rincones como huéspedes silenciosos y atentos.

Por alguna incomprensible razón, en la noche de San Esteban estaban los dos inexplicablemente tristes. Andrés había caído en uno de sus interminables silencios. Cuando, por fin, salió del trance, había un mundo de dolor, de tristeza y de temor inundando sus ojos.

-El tiempo pasa tan rápido -verdad?



Sus palabras abrumaron el mundo de Mariana con angustia. Era una angustia que nacía de la intuición de saber que, inexorablemente, el destino iba a separarlos, un destino sobre el cual ninguno de los dos tenía el más mínimo control. Sintió una punzante sensación de pérdida, una pérdida demasiado honda para tocar.

-Ojalá pudiese pararlo -susurró.

Cogió las manos de Andrés entre las suyas. Estaban gélidas como aquella primera noche. Lo estrechó entre sus brazos intentando infundirle calor y vida. Se miraron a los ojos y cada mirada contestó a la pregunta sin formular de la otra.

En silencio, subieron la empinada escalera hasta la alcoba de Mariana. Se metieron en la cama el uno al lado del otro. Mariana apoyó su cabeza en el pecho de Andrés escuchando cada latido de su atormentado corazón. En el silencio de la noche, revivieron en voz baja los últimos días. Se abrazaron fuertemente, seguros en su pequeño mundo, protegiéndose mutuamente contra la crueldad del tiempo y del destino. En el silencio de la alcoba, Andrés la estrechó entre sus brazos y sus largos dedos acariciaron suavemente su cabello. Mariana posó sus labios en los de él intentando que su aliento le infundiera vida y ánimo. Se abrazaron con urgencia, en un desesperado intento de ahuyentar la soledad y el temor al futuro. Fue a la vez hermoso y amargamente dulce. De repente sintieron que alguna fuerza desconocida les llevaba más allá del mundo, allá donde el tiempo no tiene ni pasado ni futuro. Tan repentinamente como vino, la sensación desapareció y ambos experimentaron una gran tranquilidad y desapareció todo temor. Sólo sintieron en todo su ser una profunda y sosegada serenidad, una lenidad de espíritu y un



desapego de todo lo físico. Con una última y tierna sonrisa, se abrazaron y se durmieron el uno en brazos de la otra como dos niños.

Cuando se despertó, el sol entraba a raudales a través de la ventana. Con una sonrisa de "buenos días" en los labios, Mariana se giró hacia Andrés. Pero él no estaba. Bajó a la cocina y tampoco estaba. Corrió a la recámara y allí estaba toda la ropa que ella le había dejado. Con las lágrimas corriendo libremente por las mejillas supo instintivamente que él se había marchado. Se había alejado en silencio para que ella no viera cómo se apartaba de su lado y para que así le tuviera consigo un tiempo más dentro de sus sueños.

Con los ojos inundados de lágrimas, Mariana no pudo ver donde caminaba y tropezó con un objeto al pie de la cama. Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, miró con qué había tropezado: era su maleta con la ropa que había traído de Barcelona. Era imposible no haberla visto todos estos días y sin embargo... Enfilándose unos viejos tejanos y un suéter, bajó a desayunar un café y una tostada.

Durante todo el día Mariana estuvo repantigada en el gran sofá pensando en Andrés. Se sentía confusa. El primer momento que había visto a Andrés creía haberle conocido desde siempre y, sin embargo, ahora que él no estaba con ella, se daba cuenta de que aún no había empezado a conocerlo. Cada hora que habían pasado juntos había volado y durado sólo un minuto y, ahora, un sólo minuto sin él le duraba una hora. El tiempo que habían pasado juntos adquiriría ahora más valor y, sin embargo, estando con Andrés, Mariana había perdido toda noción del tiempo.



Cada división del tiempo se transformaba en su mente. Era como si, a su voluntad, Andrés lo había estirado, comprimido, reducido a la Nada...

Deambuló perdida por toda la casa. Había recuerdos de Andrés por todas partes. Releyó una y otra vez los poemas que él había escrito. Sonrió al ver los acrósticos que había compuesto para ella como si de un juego se tratase, una especie de código secreto que tenían entre los dos. Repasó las expresiones tan arcaicas y altisonantes que él empleaba con toda naturalidad y que en otro habrían sonado a cursilería:

Aquella noche, Mariana se sentó delante del hogar observando los escollos que morían en él. Las sombras se apoyaban cansadas contra las paredes cuando finalmente decidió subir al dormitorio. La luz de la luna ahora proyectaba una única sombra en la pared donde hace tan poco tiempo habían habido dos. Agotada, se acostó sola con sus pensamientos y pronto la almohada estuvo húmeda por las lágrimas. A las cuatro de la madrugada seguía despierta y sus ojos, ardientes y secos ya, intentaban penetrar la oscuridad en la impotente búsqueda de una respuesta a mil preguntas.

A la mañana siguiente, día 28 de diciembre, Mariana se sentía asfixiada y sentía una apremiante necesidad de respirar aire puro y volver por los sitios donde ella y Andrés habían paseado juntos. Sus pasos la llevaron hacia el cementerio. Alguna fuerza irresistible la atrajo hacia el rincón más alejado del cementerio. Allí, bajo las ramas desnudas de un gran olmo, descubrió una lápida. La joven se arrodilló para leer la inscripción:



Andrés Velasco Berbería

n. 20.3.1826 m. 27.12.1845

Quem dei diligunt, adolescens moritur (Plautus)

S.T.T.L

Temblando incontrolablemente, consiguió descifrar el latín: "*Los que los dioses favorecen, mueren jóvenes*". S.T.T.L., recordó que su abuela le había explicado, significaba "*Sit Terra Tibi Levis*": que la tierra te sea ligera. Era lo que se solía poner en las sepulcros antiguamente en lugar del RIP o DEP de nuestros días.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y salió del camposanto corriendo como el viento hasta su casa. Allí cogió su bolso y las llaves del coche. Estaba dispuesta a llegar al fondo del misterio fuera lo que fuera la explicación.

Conduciendo todo lo rápido que le permitieran su coche y las carreteras heladas recorrió los treinta kilómetros que separaban el pueblo de Molina. Aparcó como jamás le habían enseñado en la autoescuela y subió las escaleras de la biblioteca de dos en dos. Preguntó a la bibliotecaria por la sección de autores locales.

Conteniendo la respiración y con temor de ver confirmado sus increíbles sospechas, Mariana recorrió la estantería hasta la "V". Allí estaba: Andrés Velasco Berbería. Sin embargo, habían tres libros y no dos como Andrés le había dicho. Los bajó y vio que el título del tercero era: "POEMAS POSTUMOS" y en la hoja de guarda había un retrato de "su" Andrés.



Sentada a la mesa, Mariana hojeó el pequeño volumen. Allí delante de sus ojos fueron desplegándose todos los poemas que Andrés le había escrito durante los últimos días. Cuando llegó al último, era uno que Andrés jamás le había enseñado:

*Nausicaa, mi amor, mi adorada,
Ojos hermosos de dulce mirada,
Siento la fuerza que de tí emana
Amándote viví, mi soberana.
Momentos hace de tu silenciosa partida,
Abandonándome así, llevas mi vida.
Renuncio a mi terrenal morada,
Está desde ahora mi muerte decretada.
Muriendo, grito al tiempo " Deténte!"
Otorgándome poder para amarte eternamente.
Sólo me duele que esta muerte imperativa
De tu presencia y de tu amor me priva
Empero, mi amor, no llores, no me aflijo
No es un adiós eterno que te dirijo.
Unido a tí para siempre estaré,
En tu camino algún día me cruzaré.
Volveré a por este amor que aquí te confío,
Orgullosamente, para tí, la muerte desafío.*



Y, a continuación, una nota del editor:

"Este poema fue escrito el día 27 de diciembre de 1845. Cuando el joven poeta fue hallado muerto en su cama, tenía el manuscrito en su mano. Nunca se supo quién era la misteriosa mujer al cual él llamaba Nausicaa y que, evidentemente, compartió sus últimos días de vida. Parece que Andrés Velasco estuvo profundamente enamorado de su musa ya que todos los poemas hallados con fecha de aquellas navidades tienen como perístasis su amor por "Nausicaa", demostrando una alegría de vivir muy en contraste con el hondo pesimismo de su anterior obra". Como en un sueño, Mariana leyó y releyó el poema. Supo que el poeta tan largo tiempo muerto le estaba hablando a ella y sólo a ella. Temblando, descifró el cróstico y leyó el mensaje que hacía siglo y medio la había estado esperando. Pero donde habían vivido su amor? Había ella viajado hasta el pasado o había sido él quien había viajado hacia el futuro? O bien, existía otra dimensión de tiempo que no es ni pasado ni futuro sino simplemente presente?

Los sentidos aturdidos, Mariana salió de la biblioteca y bajó las escaleras inmersa en sus pensamientos. Las lágrimas y la luz del sol contribuyeron a cegarla, razón por la cual chocó de lleno con alguien que, en aquel momento, pasaba por la acera. Murmurando disculpas inconexas, se agachó para recoger el bolso que había derramado su contenido a los pies del desconocido.

-Deja que te ayude.



El timbre de la voz le era tan familiar como el latido de su propio corazón. Trepidantemente, alzó la vista desde un par de Panama Jack para luego recorrer unas largas piernas impecablemente enfundadas en unos Levis. A cámara lenta, se incorporó y su mirada se soldó con una mirada de terciopelo. En aquel momento el sol brilló en una pequeña cruz de Caravaca que el joven llevaba alrededor del cuello.

-Andrés! -susurró con un hilo de voz.

El joven apartó una ala de pelo negro sedoso que le caía sobre unos ojos negros e intensos, hondos y penetrantes: ojos sin fondo, rodeados de unas pestañas espesas, tan negras que parecía que le hubiesen dibujado una línea. Frunció el ceño.

-Sí. -Nos conocemos? -preguntó extrañado- Tu cara me es familiar pero no sé de donde...

Mariana rió de pura alegría. Otro día le enseñaría su retrato en aquel libro escrito ciento cincuenta años antes.

-Tal vez en otra vida o en otro tiempo...

Autora: Mariarita Pennington-Evans; Mataró, Barcelona, España.

Relato inédito. Hyper Espacio Andrómeda. www.libroandromeda.com